

ESTUDIOS DE CULTURA OTOPAME

8



Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Antropológicas
México 2012



EL ÁGUILA BICÉFALA Y LA CONFIGURACIÓN MITOLÓGICA OTOMÍ DE SAN PABLITO

ARTURO GÓMEZ MARTÍNEZ
*Subdirección de Etnografía,
Museo Nacional de Antropología, INAH*

Resumen: El águila bicéfala es un personaje mítico cuyas hazañas dieron origen al pueblo otomí de San Pablito; se le atribuye la creación del Sol y la Luna, el orden moral y la habilidad para el arte textil. Está presente en los rituales terapéuticos y de petición de lluvias en calidad de regente de los aires malignos, los ritualistas le dedican ofrendas y oraciones para restablecer la salud, así como para asegurar el bienestar económico.

Es representado en el papel ceremonial recortado que se usa como ofrenda ritual, en el bordado las mujeres lo ilustran en sus *quechquemitl* como emblemas que articulan las narraciones y se posicionan en la estructura de los textiles como mitogramas, elementos que aluden a los personajes míticos y orientan los relatos.

Palabras clave: mito, mitograma, origen, águila, ritual y arte.

Abstract: The bicephalous eagle is a mythical entity whose exploits gave rise to the Otomi, town of San Pablito. It is credited with the creation of the sun and moon, the moral order, and textile art. It is present in therapeutic rituals and requests for rain. As ruler of the air, evil ritualists dedicate offerings and prayers to restore health and to ensure economic welfare. It is represented in the ceremonial paper cuts used as offerings. Women embroider their *quechquemitls* as emblems and it serves in their narratives; in textiles its representations are mitogramas, elements alluding to the mythical.

Keywords: myth, mitogram, origin, eagle, ritual, art.

Preámbulo

El águila de dos cabezas es un personaje relacionado con los mitos de origen, cuyas hazañas permitieron el orden y el dinamismo del cosmos, así como el comienzo de la vida indígena, convirtiéndose el pueblo de San Pablito en el lugar del génesis otomí de la región. La importancia trasciende el ámbito de la narrativa para posicionarse como un símbolo transversal en la vida cotidiana, la cosmovisión, la ritualidad y el arte; la concepción de la dualidad emerge como un espacio

semántico donde el ave mítica actúa entre los límites del bien y del mal, acciones de oposición que permiten un pensamiento cíclico, a partir de la regeneración constante de la naturaleza.

El águila bicéfala está presente en la memoria colectiva de los habitantes de San Pablito a través de las representaciones ceremoniales y artesanales, dichas imágenes se nutren conceptualmente mediante las oraciones rituales en las que se recuerdan los episodios míticos y dependiendo de la ocasión, se le puede conjurar o invitarlo a participar como guardián de la salud, el orden moral y la justicia. Por tradición los indígenas han reconstruido el símbolo mítico, lo actualizan conforme a sus necesidades y lo configuran como parte de su identidad, a tal grado que ahora los identifica en calidad de heráldica y marca comercial de la ocupación económica artesanal.

San Pablito es una población indígena de habla otomí que se encuentra asentada sobre las estribaciones de la sierra Madre Oriental (sierra Norte de Puebla), pertenece al municipio de Pahuatlán y se localiza geográficamente al noroeste del estado de Puebla; desde tiempos históricos los habitantes mantienen relaciones de tipo económico con las poblaciones del altiplano de Tulancingo, Hidalgo y la costa del Golfo, mediante una red de caminos rurales que antiguamente fueron importantes rutas de tránsito comercial; esta situación los ubica culturalmente en la franja meridional de la región Huasteca.¹

En la actualidad el pueblo vive un acelerado desarrollo que le permite tener un patrón de asentamiento compacto y traza urbana perpendicular que se distribuye a lo largo de las faldas del Cerro Brujo, en el centro se ubican las construcciones destinadas para escuelas, oficinas administrativas, templo católico, salón de actos y una plaza cívica; la población es de unos 4 000 habitantes que residen en casas construidas de concreto y tabique, los hogares se concentran en torno a la figura patrilocal, ahí mismo se ubica un taller artesanal donde trabajan de manera coordinada los integrantes de la familia extensa.

La ocupación económica principal es la fabricación de papel, empleando técnicas ancestrales y materias primas locales, este papel se conoce como amate y es un tipo de soporte vegetal hecho a partir de las cortezas de los árboles (*Ficus cotinifolia*, *Ficus padifolia* y *Trema mitranta*), cuyo origen se remonta

¹ Por las fuentes históricas se sabe que el grupo otomí habita en este lugar desde la época prehispánica y pagó tributo al Señorío de Texcoco; con la conquista hispana formó parte de la Encomienda de Pahuatlán y fue adscrito a la jurisdicción política de Huauhchinango. Los frailes agustinos, a través del monasterio de Pahuatlán, evangelizaron precariamente a la población y se encargaron de congregarla y catequizarla, aunque los otomíes siempre se mantuvieron renuentes de la fe cristiana, a diferencia de sus vecinos nahuas que mostraron devoción (cfr. *Matrícula de tributos*).

a la época prehispánica; se realiza de modo artesanal, macerando las fibras que previamente han sido cocidas en agua con cal y cenizas para ablandarlas. El resultado es una lámina vegetal fibrosa de colores que van del marrón oscuro al blanco. El papel amate se comercializa en grandes cantidades para los artesanos pintores del estado de Guerrero, así como para la industria de la imprenta del país.²

La migración a las ciudades del país y de los Estados Unidos es importante, los jóvenes optan por salir a buscar nuevas oportunidades de vida y solo retornan a su pueblo en las fiestas tutelares y de los difuntos. Las remesas han ayudado en gran medida en el desarrollo urbano y en el mejoramiento de la calidad de vida de sus familiares, se nota un amplio consumo de productos industrializados, además de enseres y aparatos eléctricos; por otra parte en lo que concierne a la lengua, la identidad y los actos rituales se mantienen en línea con la tradición. El idioma otomí está vigente y se conserva en bilingüismo con el español, la indumentaria tradicional es ampliamente utilizada por las mujeres, mientras que los hombres prefieren vestirla sólo en actos cívicos y religiosos.

Aunque muchos habitantes participan en las ceremonias de la liturgia católica, continúan en la creencia y culto a las deidades autóctonas figuradas antropomórficamente en papel amate, durante los ritos agrarios y terapéuticos los especialistas los recortan con tijeras para crear figuras sagradas: “espíritus”, “camas” o animales que se relacionan con las fuerzas del bien y del mal. El papel blanco se usa para representar a los espíritus “buenos”, mientras que el papel oscuro es para los “diablos” y espíritus malos. Las deidades autóctonas tienen regencia junto con los santos católicos y habitan en la estructura cósmica que integra el cielo, la tierra y la región subterránea; el sol es una de las entidades que permiten el dinamismo y los ciclos de vida en la tierra.

Como en muchos pueblos originarios, el agua, la tierra, el fuego y el aire se piensan como los elementos primordiales para la existencia humana, mientras tanto las divinidades fungen como los administradores de la naturaleza y proveedores del sustento. En el proceso de interacción se contraen responsabilidades, las cuales si se quebrantan desequilibran el universo, el entorno natural y la salud; siendo el ritual y las ofrendas el vehículo conducente para el equilibrio cósmico. El ciclo de fiestas inicia con la celebración del carnaval donde se ofrenda a las potencias nefastas y los danzantes bailan para honrar a la tierra y el Diablo; el 3 de mayo se realizan ceremonias para la Santa Cruz y

² Hasta la primera mitad del siglo xx la ocupación económica principal se basaba en la agricultura con la siembra de maíz, frijol, chile, calabaza, caña de azúcar y cacahuete; pero en los siguientes cincuenta años esta actividad fue disminuyendo al incluir la manufactura de artesanías (amate y chaquira) como fuente de ingresos.

el agua, el 29 de junio se festeja al santo patrón San Pablo y del 31 de octubre al 2 de noviembre se dedica a los difuntos. Existen otras celebraciones en honor a vírgenes y santos, ritos terapéuticos y fiestas movibles para las entidades sagradas autóctonas como Moctezuma, los “Dueños” y el águila bicéfala.

Los relatos que revelan la presencia del águila bicéfala remiten a la noción de mito que es una explicación en la cual se expresan las creencias que dan origen y coherencia a la vida del hombre, su entorno natural, el contexto social y sus expresiones rituales; los mitos operan como condicionantes históricos que se refuerzan recíprocamente y se modelan en el juego dialéctico, tienen así la función de mantener viva la tradición, transmitir valores y conocimientos; ordenar el conocimiento estructurado en el cosmos, explicar, cohesionar y legitimar acciones (López Austin 1998: 364).

La tradición oral es fundamental para la enseñanza y la socialización de los mitos, de esta manera se configura una identidad étnica específica, ya que a través de ellos los grupos humanos transmiten a sus miembros a lo largo del tiempo una forma específica de mirar el mundo, de conocer y reconocer un origen simbólico común, de explicar y normar el presente, y con todo ello de mirar el futuro (Portal 1996: 72). En el mito el espacio suele ser discontinuo con una operatividad del tiempo no lineal y una concepción diferente de la causalidad; los humanos no se observan como seres aislados sino como elementos sustantivos articulados al universo (Báez-Jorge 2008: 39).

Los relatos del águila bicéfala y su relación con las representaciones nos conducen a la conformación de sistemas comunicativos, integrados por símbolos que surgen a partir de la cosmovisión y como reflejo propiamente de la ideología; de acuerdo con los planteamientos de Broda (1991: 462) la cosmovisión se entiende como la visión estructurada en la que se combinan de manera coherente nociones sobre el medio ambiente y sobre el cosmos. Este concepto conlleva a otra categoría que es la ideología y es la que tiene como función social legitimar y justificar el orden establecido. Constituye el producto histórico de aquellas sociedades en las que ha surgido una diferenciación interna entre la clase dominante y el pueblo.

Los recursos visuales del ave mítica parecen corresponder a un patrón estilístico menos dinámico, pues las imágenes se replican a partir de los dechados, colecciones sagradas y libros antológicos de curanderismo. Los artesanos y los ritualistas no tienen muchas opciones más que seguir las formas ya establecidas convencionalmente, aunque sí se observan algunas mínimas adecuaciones. Las imágenes actúan como repositorio de la estructura mítica, preservan de manera pasiva la tradición del discurso que las originó, pero transmiten las diversas maneras activas con que se puede contar la historia. Sin alejarse del objetivo

pueden guiar a los habitantes para que den vida a los mitos mediante su voz, así se hace evidente una tradición, se actualiza el discurso y se configura el pensamiento.

Las expresiones gráfica y oral del mito conllevan muchos procesos de reelaboración simbólica signados por el tiempo, los cambios sociales y ahora por el fenómeno de la globalización; desde esta perspectiva el sincretismo se ha puesto de manifiesto para nutrir el pensamiento, actualizarlo y dinamizarlo. Entendemos el sincretismo como el producto de varias tradiciones culturales que se han conjugado y reinterpretado para dar origen a un nuevo resultado, producto de la mezcla que pronto va adquiriendo su identidad particular (Báez-Jorge 1998: 56). Este sincretismo ocurre cuando los elementos indígenas se intercalan con las aportaciones ibéricas sucedidas en la Colonia, y aún no acaba, pues constantemente se adoptan y se adaptan imágenes simbólicas, asimismo se reelaboran los conceptos, hasta convertirlos en un complejo mestizaje cultural que se va construyendo de acuerdo con la dinámica de la vida cotidiana.

En este trabajo nos interesa señalar la importancia del águila de dos cabezas (a través de los episodios míticos de la creación) como un símbolo de la identidad de los otomíes de San Pablito, Pahuatlán, construido bajo diversos procesos que ayudan a explicar la ancestralidad, el pasado, el presente en general. En la actualización de los relatos se agrega una serie de hechos que se funden en los tiempos o se adaptan a cada situación que se desea externar, de esta manera las creencias configuran la cosmovisión que da sentido a la vida actual, sin perder los elementos esenciales que los originaron.

El águila bicéfala a través del mito

La presencia e intervención del águila bicéfala se relaciona con el tiempo de los mitos de creación, donde tiene diferentes participaciones protagónicas y antagonicas. López Austin (1998: 59) distingue tres tiempos en los que se desarrollan los episodios míticos: primero, el de la existencia intrascendente de los dioses; segundo, el tiempo propiamente mítico, el de la creación, y tercero, el tiempo de los hombres. En los relatos aparecen sucesos correspondientes al segundo y tercer tiempo, prevalece el actuar de las divinidades para la creación del universo y su contenido, ahí participa el águila en calidad de ayudante y mensajero; posteriormente en el inicio del tiempo de los hombres ayuda a corregir la dinámica del orden cósmico, sus ojos fueron arrojados al cielo convirtiéndose en los astros sol y luna.

El origen es difuso y complejo pues gran parte de los relatos sólo lo vinculan con la cacería de los primeros humanos, su captura y sacrificio, así como su

cualidad eterna al convertirse sus ojos en la luz de los astros que hicieron posible el dinamismo de la vida. En una narración se dice que en los tiempos de la creación, los dioses plantaron un árbol en el centro del mundo para que de ahí surgieran todas las criaturas y plantas; sin embargo en el interior del tronco se escuchaba mucho ruido que aturdió el oído de las deidades, entonces optaron por talarlo con la ayuda del rayo, al abrir la madera en su interior se encontraba un gusano, lo sacaron y lo pusieron en una canasta. Después de un tiempo la oruga se convirtió en una mariposa, más tarde se hizo pájaro; aprendió a hablar el idioma de los dioses y les sirvió como ayudante en sus tareas de creaciones.

Primero crearon la tierra, luego sobre ella levantaron el cielo sostenido por cuatro árboles que funcionaron como pilares, el peso ocasionó inestabilidad con el peligro de un colapso, luego de un largo diálogo decidieron que un lagarto la cargara y sirviera de base; esta tarea no era fácil pues habría que hacer una labor de convencimiento y entonces encomendaron el trabajo al águila, quien pronto accedió y condujo al reptil hasta el sitio indicado, inmediatamente dejaron caer la lápida de la tierra sobre su espalda, enojado por el engaño el lagarto lanzó mordidas al ave quien trató de esquivarlas, pero una de ellas fue casi letal, de un mordisco le partió la cabeza verticalmente en dos partes, sin desprenderla de su cuerpo. Ante tal incidente el águila acudió a reclamar a los dioses y la compensaron aliviándole las heridas, activándole además las dos cabezas, en recompensa por su ayuda.

Cuando la estructura cósmica estaba lista, los dioses crearon a los humanos, los animales y las plantas, luego los dispusieron con vida en la tierra, mientras tanto, ellos escogieron el cielo como su lugar de residencia, ahí se fue a vivir el águila, pero pronto se tornó en un huésped hostil; por su indiscreción con los proyectos de la creación, la lanzaron nuevamente a la tierra y cayó sobre un cerro cercano a San Pablito donde anidó. En ese entonces dominaba la oscuridad eterna, sólo alumbraba una estrella grande, su luz apenas permitía distinguir las siluetas en el paisaje y los seres desconocían el aspecto físico de las cosas.

Otra narración confirma que el águila es una creación divina anterior a los humanos, lograda mediante la conjunción de un pájaro macho y una hembra en un sólo cuerpo, diferenciándose solamente por las cabezas; se le creó para servir a Dios, pero se escapó y se fue a vivir a una peña donde anidó y gestó su descendencia, en ese lugar la exterminó un par de lugareños por comerse a la gente y estar al servicio del Diablo.

Muchas versiones del mito comienzan a partir de la fundación del pueblo de San Pablito, Pahuatlán, en aquel entonces la gente vivía en sus casas con techos de zacate y estructura de madera, en el monte recolectaban frutos para su alimentación y no podían trabajar porque imperaba la oscuridad eterna; los

animales dormían por ratos y en otro momento despertaban para buscar sus alimentos, pues no había división del tiempo entre el día y la noche.

En el pueblo hizo su aparición el águila de dos cabezas, tenía mucha hambre y no encontraba alimento alguno, por ello optó por alimentarse de los humanos; sobrevolaba el techo de las casas y atrapaba con sus garras a las personas, se las llevaba volando hasta una peña del cerro Xolotl, ahí tenía su nido con cuatro polluelos. El atributo de dos cabezas le permitía voltear y mirar muy bien, así se le facilitaba capturar a sus presas, se llevaba únicamente a los hombres jóvenes, aunque prefería a los adolescentes y niños.

Las madres, temerosas, escondían a sus pequeños hijos y no los sacaban de sus casas, los muchachos por su parte combatían al animal escondiéndose en disfraces vegetales y de animales feroces, pero nada lo frenaba. Un par de gemelos adolescentes que vivían en el centro del pueblo, molestos porque su padre fue devorado por el águila, buscaron la manera de capturarla y cobrar venganza; fueron a ver a un hechicero para que los convirtiera en nahuales y los dotara igualmente de dos cabezas para poder vigilar mejor, así lo hizo el brujo, pero su tamaño era menor que el del águila, cuando la enfrentaron los quiso apresar, pero no lo logró.

El encuentro cercano con el ave les permitió examinarla, se dieron cuenta de que sus ojos tenían luz como una lámpara, de inmediato le comentaron al hechicero y les recomendó capturarla y robarle los ojos para que alumbraran al pueblo y al mundo. Se hicieron los planes para esta misión, a la gente le recomendaron cubrirse la cabeza con una olla de barro a manera de casco para resguardarse; cuando el ave se acercaba las personas se acurrucaban y se encerraban en la vasija semejando rocas. Los planes de cacería continuaron, uno de los jóvenes se metió en una canasta de bejuco totalmente cerrada, mientras tanto el otro se untó nopal molido para que su cuerpo resbalara y evitar ser cogido por el ave. Esperaron en la entrada del pueblo, hasta que se apareció el animal y tomó la canasta con su pico, la fijó con sus garras y la elevó con rumbo a la peña donde tenía su nido; el hombre iba protegido por la cesta-jaula, en el trayecto sacó sus brazos y lentamente le desplumó sus patas arrojándolas en el aire para crear una señal que su hermano seguiría en su plan de rescate; así se hizo y todo salió conforme lo tenían planeado.

El águila llegó hasta lo más alto de la peña y soltó la cesta en el nido, el muchacho cayó sobre los restos óseos de otras víctimas; los polluelos hambrientos comenzaron a picar y a destruir la canasta para sacar la presa, mientras tanto el otro hermano muy apresurado siguió el camino trazado por las huellas de pluma, hasta que llegó a pie del cerro y trató de escalarlo, acto que nunca consiguió por la complejidad del risco.

Las pequeñas águilas destruyeron totalmente la canasta y sacaron al joven, mientras la madre acechaba a los cuatro lados de la peña para que sus hijos comieran a gusto y no los molestaran otros animales que también deambulaban por ese sitio. Los múltiples piquetes desgarraron la ropa del muchacho y le provocaron heridas, en ese momento un colibrí mensajero le arrojó en su boca un brebaje mágico que le permitió escapar, al ingerir la bebida su cuerpo se tornó duro como una roca y aunque le picaban no le causaban ningún daño.

El águila bicéfala se dio cuenta de lo ocurrido y molesta persiguió al joven por toda la cima de la peña para capturarlo nuevamente, al escabullirse se escondió en un abrigo rocoso, ahí también descansaba un venado con quien platicó de lo ocurrido y en solidaridad le ofreció ayudarlo a escapar por una grieta que lo conduciría hasta abajo; así se liberó para reencontrarse con su gemelo que no pudo escalar la peña, ya reunidos ambos regresaron al pueblo con el brujo y planearon una mejor estrategia para volver al sitio del nido y matar al águila.

Durante cuatro días los muchachos se prepararon para la batalla, acudieron nuevamente al lugar muy bien armados con arco, flechas y cuchillos; llevaron también un espejo para reflejar los ojos del águila y descontrolarla. Tomaron el camino guiados por las huellas de pluma, así llegaron al pie de la peña, pero se perdieron en el laberinto de grietas que los conduciría a la cima; encontraron nuevamente al venado quien ofreció ayudarles sangrándose la cabeza y arrojando el fluido en la tierra para atraer a las hormigas que habitan muy cerca del nido, cuando esto ocurrió siguieron el camino de los insectos que los condujo nuevamente hasta el nido.

Los jóvenes disfrazados como vegetales hicieron lo indicado y llegaron a la morada del águila, uno de ellos de ellos le arrojó nopal líquido para distraerla y luego con el espejo le alumbraron los ojos dejándola aturdida, le flecharon el pecho y cuando cayó en el suelo la ataron de las patas y alas; inmediatamente con el apoyo de un cuchillo le sacaron los ojos y los lanzaron al cielo, uno hacia el oriente y otro al occidente; el ojo derecho alumbró primero y se convirtió en la Luna, el otro ojo se hizo el Sol y provocó la luz del día. Así, ambos astros permanecieron estáticos por un rato hasta que los golpearon con piedras, entonces comenzaron a moverse de manera ordenada en el cielo, hasta que se hizo el día y la noche.

Los jóvenes regresaron al pueblo muy contentos y en agradecimiento les hicieron una fiesta por haber logrado matar al águila bicéfala y alumbrar al mundo. Los curanderos, por su parte, hicieron un ritual y ofrendaron el espíritu del animal mediante comidas, flores, copal y música, con el fin de apaciguar su ira y evitar el mal.

En otras versiones las hazañas de los gemelos son ejecutadas por otros héroes culturales como el joven maíz, el venado (padre del maíz), el señor del fuego y el señor del rayo; el ave mítica aparece junto a otros personajes antagónicos como la vieja-abuela malvada que practica la antropofagia, el arco iris, el Diablo, los judíos y Moctezuma. Los gemelos no tienen una condición propiamente humana, pues se dice que nacieron de dos huevos que una anciana tejedora encontró cerca del río, los llevó a su casa y los guardó en un baúl; cuando nacieron cuidó de ellos y los alimentó hasta que crecieron.

Como hemos visto en los relatos, el águila bicéfala pertenece a los tiempos de la creación del universo y del hombre, se le considera una entidad sagrada y se manifiesta como espíritu guardián de la naturaleza al que se debe respetar; su anatomía incorpora un cuerpo y dos cráneos independientes en sus comportamientos, mientras una duerme la otra permanece en su labor de guardián. Se le imagina como un ave gigante que depredaba a los pioneros de la humanidad, tras su muerte sus ojos se immortalizaron en el Sol y la Luna, mientras que su espíritu se quedó para habitar en las peñas, los cerros, cuevas y algunas veces en árboles grandes. En las oraciones rituales llaman al ave “pajarito del monte, dueño del monte y barredor del mal”, evocan al plumífero primigenio que dio origen también a todas las especies de aves que ahora existen.

Presencia del águila bicéfala

La tradición oral, la plástica y el ejercicio ritual han sido los mecanismos para la transmisión de las creencias acerca del águila bicéfala, lo que permite su actualidad y presencia en los diversos ámbitos de la vida. Por generaciones los relatos se habían transmitido de padres a hijos, ahora de abuelos a los nietos, así también durante los rituales y mediante las plegarias los curanderos recuerdan ciertos episodios que contribuyen a conservar la tradición mítica.

El águila bicéfala como parte de los mitos de creación se ha transmitido gracias a las representaciones gráficas en los textiles y en el papel ceremonial, la variedad de imágenes ha funcionado como código mnemotécnico para recordar y actualizar los relatos. En este sentido, André Leroi-Gourhan (1971: 188-192) a propósito de su estudio sobre el arte prehistórico, sugiere que algunas representaciones plásticas individuales o en conjunto expresan importantes códigos comunicativos que anteceden, de alguna manera, a la escritura lineal y las denomina mitogramas; se trata de imágenes que enuncian contenidos mitológicos, los personajes y elementos se disponen como referentes de acciones de un contexto simbólico, esto permite el surgimiento

de narraciones libres, historias o episodios míticos relativamente coherentes, sin intervención estricta de la escritura.³

Con fundamento en lo anterior, definimos como mitograma a las imágenes que forman parte de un conjunto de representaciones simbólicas, plasmadas en diversos soportes materiales que testimonian contextos de cosmovisiones y mitologías; los elementos gráficos aluden a personajes y episodios que funcionan como recursos visuales, posibilitando que los miembros de una colectividad narren las historias de diversas maneras, sirven como guía para generar significados, constituyendo así un sistema simbólico codificado, funcional para un grupo social. Por sus características sinuosas en lógica y secuencia el mitograma refleja las abstracciones de ciertas realidades, desencadenando el desarrollo verbal de las historias sintetizadas mediante las imágenes; también funciona como signos clave que inspiran la construcción de un discurso hablado y actuado, sin sujetarse a una estructura formal de tiempo y espacio. La flexibilidad de su interpretación mediante el habla, contribuye a que las representaciones fundamenten la tradición pero, al mismo tiempo, permitan su dinamismo y actualización.

El águila bicéfala está representada en los textiles empleados para la indumentaria de las mujeres, el *quechquemitl*⁴ o capa se decora con aves de dos cabezas al lado de una serie de animales y vegetales; los elementos están distribuidos de acuerdo con una lógica, congruentemente, para formar conjuntos que se asocian con los códigos míticos. En relación con esto una mujer tejedora ha señalado que:

³ Sabina Aguilera (2007: 237) utiliza la propuesta de André Leroi-Gourhan sobre mitogramas para estudiar los textiles tarahumaras y señala que las representaciones abstractas desatan cadenas de significados cristalizados en los mitos de manera oral, pero también, de manera no verbal, en los ritos, en las danzas y en la parafernalia. Estudia las fajas como fuente mitológica argumentando en ellas no necesariamente se representan eventos mitológicos específicos, sino claves gráficas sin conexión descriptiva, soportes de un contexto oral.

⁴ El *quechquemitl* es una capa formada por dos lienzos rectangulares que se unen por costura en los extremos inferiores del largo y ancho de la tela, tiene además dos puntas y una abertura para pasar el cuello. En San Pablito esta prenda es excepcional en su estructura y decoración; combina la técnica del tejido en curva como ornato a través de una banda perimetral, el procedimiento se hace mediante la manipulación de algunos hilos teñidos de la urdimbre que se convierten en hilos de trama. El color rojo de la franja en curva toma una posición en la estructura de la pieza, de tal manera que divide la superficie de la tela en tres partes, así las tejedoras explican simbolismos específicos que adquieren coherencia en combinación con otros elementos gráficos, aplicados por medio de bordados o brocados con hilos policromados.



Figura 1. Quechquemítl otomí de tejido en curva que integra decoraciones con la imagen del águila bicéfala. San Pablito, Pahuatlán.

Estos dibujitos son nombres, todos se llaman, así como la gente; tienen gestos y tamaños según su importancia, ellos hablan, ellos platican, cuentan cosas. Unos tienen la boca abierta porque están conversando, otros voltean hacia atrás para mirar lo que ocurre a su alrededor. No están revueltos, están colocados de tal manera que no riñan entre ellos y que corran el riesgo de dañarse.⁵

Existe por lo menos una cincuentena de iconografías del ave mítica en soportes textiles, el patrón estilístico se dispone en líneas rectas que se unen entre sus vértices, hasta formar imágenes geométricas. Gran parte de las representaciones muestra el cuerpo de frente con una simetría bipartita, con las patas abiertas y las alas extendidas; mientras tanto las cabezas se disponen de perfil en ambos lados; el estilo remite a la clásica iconografía heráldica europea, pero también un análisis detallado lo ubica en el pensamiento indígena mesoamericano, en donde destacan señales que esbozan órganos y energías vitales, instrumentos mágicos para la creación, signos de poder, marcas estelares y elementos del mundo subterráneo. Es claro que los atributos y asociaciones vinculan a esta ave con las exégesis mitológicas de los tiempos de la creación e interacción con seres sagrados y prehumanos, cuyas hazañas permitieron el orden de la actual vida otomí.

⁵ Traducción abreviada del otomí para permitir su comprensión.

La complejidad de las imágenes en los textiles, incluye estilizaciones abstractas que dependen de las técnicas de manufactura: bordado en puntadas de cruz, punto hilvanado, chaquira engarzada o bien tejido de confitillo. Algunos manteles ceremoniales y rebozos representan al águila bicéfala relacionada con elementos cosmogónicos más complejos como árboles floridos, estrellas, flores, animales, seres híbridos y cosmogramas que refieren a los diferentes episodios y tiempos de la creación. En los textiles, además del águila, encontramos incluso otras variedades de ave (guajolotes, búhos, patos, garzas y colibríes) con cabeza doble o cuádruple que aluden al mismo ser mitológico; en la etiología no queda clara la identificación del ave, más bien parece que tenía cualidades polifacéticas, era simplemente un pájaro gigante primigenio y sin fisonomía particular, su relación con las águilas es a partir de que sus ojos dieron origen al Sol y a la Luna, convirtiéndose en un pájaro inmortal vinculado con el tiempo, con la luz y también con la oscuridad de la noche. En otras ocasiones aparece en los bordados como animal híbrido (pájaro-cuadrúpedo), recordando su carácter dual, su cualidad para desdoblarse en naguales y como tutelar del monte, referido a la naturaleza no domesticada (figura 1).

Los especialistas rituales también hacen lo suyo para representar al águila bicéfala, la recortan en silueta sobre hojas de papel amate y papel de china multicolores, el procedimiento es casi similar al de los textiles, crean figuras simétricas del lado izquierdo y derecho, logrados mediante el doblado de la pieza en el momento de cortarla. La representación muestra casi siempre el cuerpo de frente, con las alas extendidas o recogidas, las patas hacia los costados mostrando las garras, la cola extendida hacia abajo; arriba del tronco corpóreo salen en posición opuesta (casi flexionados) dos cuellos que sostienen una cabeza en cada lado, en otros casos, del cuerpo brota un tronco del que emanan cuatro, seis, siete y hasta ocho cabezas dispuestas en simetría fractal. También se realizan imágenes en silueta de perfil o de frente que muestran actos concretos de los pasajes míticos, en ciertos casos el ave sostiene en sus garras un par de personas (los héroes gemelos), así también jaulas y canastas de mimbre; de sus alas brotan rayos y su pico lleva flores, varas y bolsas.

Las figuras sobre papel recortado se utilizan durante los actos rituales agrarios y terapéuticos, los que se confeccionan con papel de colores se asocian con los aires y las fuerzas del inframundo, sirven para convocar y conjurar el mal mediante una limpia que antecede cualquier ritual; se les venera por lo general fuera de la casa o en el centro del interior, ahí se disponen en círculo junto con otros fetiches del mismo papel que representan a los aires, la basura, la muerte, el diablo y Moctezuma. Los ritualistas les ofrecen carne cruda de aves, huevos cocidos, tabaco, copal, aguardiente, flores silvestres y velas de sebo de res; las

imágenes del águila fungen como intermediarios, una especie de capataces que tienen a su mando las entidades que provocan el mal.

Otras figuras similares se recortan en papel blanco, se disponen en los altares o delimitan un perímetro sagrado, pueden estar colocadas en las esquinas o penden de hilos con papeles ensartados que marcan un espacio; a estos recortes se les llama “vigilantes”, cuidan el ámbito sagrado e impiden la entrada de cualquier residuo del mal; se les provee de plantas aromáticas y urticarias que les sirven de arma para “barrer y limpiar”, con el fin de que las entidades “buenas” o “dueños” sean convocadas y veneradas sin ningún contratiempo. En los rituales comunitarios los ponen en las esquinas que limitan el pueblo y en los cerros, desde ahí cuidan el orden social y protegen las tierras contra cualquier invasión; se dice que tienen la misma función que los policías del orden público.

En los ritos terapéuticos el águila es invocada y personificada mediante el papel ceremonial para que quite el mal causante de las enfermedades e infortunios, se disponen cuatro series de siete conjuntos que contienen cada uno veinte piezas de figuras recortadas en amate de color café, así como de papel china en los matices verde, amarillo, rojo, morado, naranja, azul y negro; estos fetiches se ordenan en círculo sobre el suelo, ahí les colocan comida, bebida, velas, copal y flores. Después de una limpia que se realiza al paciente junto a los papeles, se recogen todos los restos haciendo con ellos un paquete que luego se ata a una parihuela, ahí mismo se amarra con vida a una gallina negra que personifica al águila; después de conjurar el mal se le pide al ave que interceda para “hallar” la fuerza vital y regresarla a la persona con el fin de restablecerle la salud, finalmente se dirigen hacia la ladera del cerro donde arrojan la parihuela con la gallina que corporiza la presencia del águila bicéfala.

Existe la creencia de que el espíritu del águila de dos cabezas habita en el monte, sus sitios preferidos son el cerro y las encrucijadas; durante la noche y en luna llena acostumbra raptar a los hombres adultos y los pierde sobre los matorrales, alejándolos del camino y dejándolos inconscientes. Son vulnerables a estas acciones los que tienen conductas ilícitas, los borrachos y los adúlteros; a algunos jóvenes los castiga provocándoles disfunción de sus genitales o bien la esterilidad. En general asusta a cualquiera que se le aparezca, pues tiene apariencia monstruosa y tamaño enorme, levanta a las personas con sus garras y emprende el vuelo para dejarlos caer fuera del camino, sin que haya devorado a ninguno como ocurrió en tiempos míticos.

Las imágenes del águila bicéfala conservadas en los soportes textiles y el papel ceremonial recortado han sido los recursos visuales más importantes para la preservación de los relatos míticos, aun cuando en apariencia no reflejan una

secuencia de los mensajes, constituyen procesos codificados que forjan información clave acerca de los personajes, los hechos y los efectos que sus actos tuvieron a favor de la creación del mundo, la naturaleza y el hombre. El valor simbólico de las imágenes ha sido reforzado por los actos rituales donde tiene efecto la escenificación de las cualidades y atributos que poseen las figuras; finalmente las narraciones orales surgen en consecuencia de esa familiaridad visual, sirviendo de guía para coordinar los pasajes míticos (figura 2).

En realidad las imágenes funcionan como los actuales carteles, emiten mensajes clave que el observador interpreta con mucha libertad sin perderse del objetivo, son enunciados simbólicos que se proyectan en el ritmo de una tradición animada por un discurso del presente, basado en elementos de un proceso cultural; así el mito se fortalece y tiene cuerpo como discurso actualizado, de lo contrario las imágenes pierden valor y su significación precisa se desvanece en el mismo instante en que muere la tradición oral (Leroi-Gourhan 1984: 531).

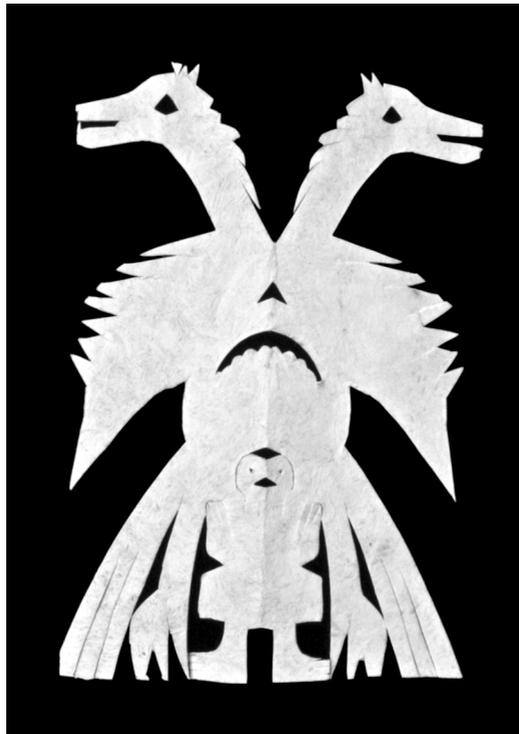


Figura 2. Papel ceremonial recortado que representa al águila bicéfala con una víctima entre sus garras. San Pablito, Pahuatlán.

Concordancias y discordancias de un símbolo

El águila bicéfala es un símbolo ampliamente utilizado en la iconografía de muchas culturas antiguas como emblema solar, sabiduría, poder y dualidad; en el siglo XV se incorpora en la heráldica de los imperios europeos en asociación con el poder y la nobleza, el origen de la bicefalidad se ha relacionado con la doble función emperador romano-germánico y rey alemán. En el siglo XVI los reyes españoles ya formaban parte del imperio de los Habsburgo y adoptaron la imagen del águila de dos cabezas como símbolo de su dominio (Biederman 1993: 23-25).

Con la conquista hispana el emblema pasa América en los escudos de armas y divisas, así como en sellos y membretes de los documentos oficiales emitidos por las autoridades virreinales. En México fue utilizado desde la conquista como un símbolo del poder hacia los pueblos subyugados, la heráldica de Hernán Cortés incluía en el primer cuadrante un águila de dos cabezas con las alas extendidas, dicha imagen fue grabada en material pétreo y pintada en las fachadas de las propiedades del conquistador. Los religiosos evangelizadores Dominicos y Agustinos también emplearon la imagen para ornamentar los templos, así encontramos una variedad de representaciones en Oaxaca, estado de México, Querétaro y San Luis Potosí.

El símbolo de la Casa Real de los Habsburgo muy pronto se torno habitual entre la nobleza indígena, inmediatamente lo utilizaron como vehículo para legitimar su linaje y así reclamar los derechos de propiedad ante los tribunales españoles, según quedó testimonio en los *Códices Huaquechula*, *Lienzos de Tlaxcala*, *Genealogía de los caiques de Carapan*, *Mapa de Santa Cruz* y en el *Techialoyan García Granados*. En estos documentos se dispuso el icono para testimoniar historias, genealogías, tierras, pueblos y personajes importantes.

El águila bicéfala es un símbolo que aparece con frecuencia en los estudios históricos y de arte colonial mexicano, se le menciona en asociación con el legado europeo hacia los pueblos indios, en otras circunstancias se le llega a identificar simplemente con las aves rapaces mesoamericanas; en la etnografía contemporánea destaca una gran cantidad de narraciones que se identifican con los mitos de creación y están claramente relacionadas con las imágenes que aparecen en la indumentaria étnica. Por la escasez de representaciones en las culturas prehispánicas más dominantes, hay temor de relacionarlas con la cosmovisión indígena, pero su existencia antes de la Colonia se evidencia en algunos sellos de barro provenientes de la costa del Golfo que lo ubican en una imagen arquetípica perteneciente al pensamiento mesoamericano (Bonilla Palmeros 2010: 167-174). En los textiles arqueológicos de Chilapa, Guerrero y Ejutla, Oaxaca aparecen

imágenes de aves que muestran simetría bilateral y dos rostros, opuestos verticalmente que inmediatamente nos conducen a la estructura ornamental de los huipiles contemporáneos de la región mixteca y zapoteca (Ávila 1996: 40-41) (figura 3).

La representación gráfica del águila de dos cabezas en la indumentaria era relevante ya en el siglo XVIII, en una pintura colonial de las castas titulada “de español y de india produce mestizo”, fechado en 1715 y atribuido a Juan Rodríguez Juárez aparece una mujer que viste un huipil decorado con dicha ave mítica; asimismo en los acervos etnográficos del Museo Nacional de Antropología se conserva un huipil de la misma temporalidad, cuya decoración incluye el águila bicéfala, realizada con labor de trama suplementaria de hilos entorchados con plumón de aves.

Las evidencias europeas e indígenas nos conducen a pensar que la imagen se desarrolló de manera paralela, sin que necesariamente significara lo mismo; en el encuentro ambas representaciones se yuxtapusieron, pero el simbolismo sufrió un proceso de reelaboración en donde predominó la ideología y la cosmovisión indígena, lo cual explica el uso polifacético de la imagen, en cuya analogía, paralelo y simetría, más que oposiciones, rigieron las relaciones que los indios establecieron entre sus entidades y las imágenes de los conquistadores (Gruzinski 1994: 176).



Figura 3. Ave bicéfala representada en un sello de barro. Procede del centro de Veracruz y pertenece a la cultura totonaca del periodo postclásico. Colección Museo Nacional de Antropología.

Como no es nuestro interés desentramar propiamente sus orígenes, señalamos que el águila bicéfala es un símbolo que existe en muchas culturas de épocas y latitudes divergentes, para el caso que nos ocupa tiene importancia en los mitos de creación y está soportada en la ornamentación de las artes, principalmente el trabajo textil y el papel ceremonial. Lo que importa para los otomíes de San Pablito, Pahuatlán es la función que tiene este símbolo en el pensamiento cosmogónico, ha logrado configurarse de manera dialéctica y mediante las reinterpretaciones que a través del tiempo se han incorporado a los procesos sociales. Expresión autóctona, aportación europea o reinterpretación, todo conduce a que el uso de la imagen se ha fortalecido y adaptado a las condiciones de la actualidad, enunciando así las particularidades identitarias en el marco de un contexto global. En todo caso los indígenas nunca han estado al margen del desarrollo y de la universalidad, al contrario, acumulan, adoptan y adaptan a sus necesidades lo que así les conviene.

Conclusiones

Para los otomíes de San Pablito, Pahuatlán el águila bicéfala es un personaje y un símbolo de los mitos indígenas de la creación, se asocia con el origen del universo y de la comunidad; creadora del Sol y de la Luna, del movimiento astral y de la proyección de la luz en la tierra. En los relatos se recuerda su carácter dual y su cualidad para desdoblarse en nagual, actúa como mediadora entre los ámbitos del bien y del mal, es una entidad ambivalente que transita en los recintos del inframundo para interactuar con el Diablo, la Tierra, los difuntos y los “aires malignos”; por otra parte en la tierra actúa a favor de los humanos, vigila el poblado, “barre” el mal y aleja los tornados; también regula la conducta moral de los adultos y la sexualidad.

Entre otros aspectos, como ave astral tiene atributos de fortaleza, poder y conocimiento; se dice que proporciona energía y fuerza vital para hacer cualquier trabajo, a tal grado que inspira a los artistas textiles y los amateros en sus creaciones novedosas. Los especialistas rituales la relacionan como el generador de la sabiduría, es la que dirige mediante los sueños el trabajo de curandero, partera y adivino; a través de premoniciones selecciona a los candidatos y los invita a ocuparse de las tareas espirituales, si no acceden los enferma gravemente hasta que su decisión se vuelve favorable, la enseñanza y aceptación culmina con una alianza mediante el ritual y ofrendas que se disponen en el cerro: el lugar sagrado por excelencia. Su condición de ave le permite el vínculo con la naturaleza, es también la dueña del monte, cuida de lo que ahí existe: las plantas y los animales silvestres, así como las rocas y los minerales. Vigila y

castiga puntualmente los excesos cometidos por la gente, procurando que haya un equilibrio entre lo que pertenece al monte, la milpa y la casa.

Concordancias y discordancias ideológicas subyacen en la imagen del águila bicéfala que a lo largo del tiempo se han relacionado mediante el dominio, la imposición y el diálogo. Las representaciones existentes en el arte textil y el papel ceremonial son la síntesis cultural que expresa lo propio, personajes míticos que narran y enseñan el horizonte cultural de las regiones indígenas de México. Mito, arte y tradición se configuran en el águila bicéfala como un símbolo que expresa el lenguaje subyacente de la dinámica de las culturas indígenas.

Bibliografía

ÁVILA, ALEJANDRO DE

- 1996 “Textiles arqueológicos y contemporáneos de Oaxaca”, *Arqueología Mexicana, indumentaria prehispánica*, III (17): 34-41.
- 1996 “Tejidos que cuidan el alma. Textiles de Oaxaca”, *Artes de México*, 35: 38-53.

AGUILERA, SABINA

- 2007 “Mirando a través del espejo, recordando el camino primigenio. Un análisis iconográfico a la luz de la mitología y el ritual de los tarahumaras”, *Indiana*, 24: 235-257.

BÁEZ-JORGE, FÉLIX

- 1998 *Entre los naguales y los santos. Religión popular y ejercicio clerical en el México indígena*, Universidad Veracruzana, Xalapa.
- 2008 *El lugar de la captura*, Editora del Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa.

BIEDERMANN, HANS

- 1993 *Diccionario de símbolos*, Paidós, Barcelona.

BONILLA PALMEROS, JESÚS

- 2010 “Las águilas bicéfalas: entre el cielo y la tierra”, *Memorias del V Coloquio Nacional de Arte Popular*, Consejo Veracruzano de Arte Popular, Xalapa: 167-174.

BRODA, JOHANNA

- 1991 “Cosmovisión y observación de la naturaleza: el ejemplo de los cerros en Mesoamérica”, Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewsky y Lucrecia

Maupomé (eds.), *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

GRUZINSKI, SERGE

1994 *La guerra de las imágenes*, Fondo de Cultura Económica, México.

LEROI-GOURHAN, ANDRÉ

1971 *El gesto y la palabra*, Venezuela, Universidad Central de Venezuela.

1984 *Arte y grafismo en la europa prehistórica*, Istmo, Madrid.

LÓPEZ AUSTIN, ALFREDO

1998 *Los mitos del tlacuache*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

MATRÍCULA DE TRIBUTOS

1974 Comentarios, paleografía y versión de Víctor M. Castillo, Miguel León Portilla (coord.), *Historia de México*, Salvat, México: 231-296.

PORTAL, MARÍA ANA

1996 “El tlacuache en la mitología mazateca”, Irene Fonte, Rose Lema y Leticia Villaseñor (coeds.), *Discurso y mitos. Algunas aproximaciones*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México: 72-81.

